

«APRENDIENDO A SER DEMÓCRATAS» PROTESTAS Y ESCUELAS DE DEMOCRACIA EN EL CAMPO ALTOANDALUZ DEL TARDOFRANQUISMO

Gloria Román Ruiz
Universidad de Granada

Cada generación de historiadores hace nuevas preguntas a su pasado en función de los intereses y preocupaciones que le suscita su propio tiempo histórico. No es de extrañar, por tanto, que en los últimos años estén proliferando nuevas y novedosas miradas hacia un periodo, el tardofranquismo, que tanto tiene que aportar a la comprensión de nuestra convulsa realidad presente, heredera de no pocas de las dinámicas inauguradas en los decisivos años comprendidos entre 1966 y 1976. En este lapso temporal, los españoles pasaron de estar principalmente preocupados por la paz y el orden a estar crecientemente interesados en la libertad y la democracia.¹

Hoy parecen ya superadas las visiones más clásicas, según las cuales la transformación habría llegado fundamentalmente «desde arriba» gracias al buen hacer de unos pocos hombres con corbata que, desde los despachos de la capital, acertaron —con su astucia y sabiduría— a insuflar un nuevo rumbo al país: todo un milagro de ingeniería política. Nuevas aproximaciones asumen el reparto del protagonismo entre las élites y la todavía en pleno desarrollo «sociedad civil» —entendida como el ámbito social al margen del control estatal—, que ya no es vista como espectadora pasiva del proceso, sino como agente activo del mismo. Antes de que las élites alcanzasen si quiera a anotar aquellas

reuniones en su agenda, la cultura democrática se había expandido ya entre la sociedad.²

Estos trabajos han empezado a poner la mirada sobre las regiones periféricas y, especialmente, sobre el mundo rural que, pese a ser mayoritario en la España de la época, ha estado tradicionalmente relegado a un plano muy secundario, cuando no directamente ignorado, a la hora de explicar la vorágine de cambios. Es cierto que el eco de cuanto sucedía a nivel provincial y nacional en los grandes núcleos urbanos fuertemente industrializados tuvo un impacto indiscutible en la movilización local, pero el campo no habría sido un mero remolque del que tiraba el motor de la ciudad, sino que habría tenido capacidad de acción y de toma de iniciativa propias. Es por ello que a la hora de «repensar la transición desde el rural» se requiere de un análisis a diferentes escalas a la vez que tome en consideración los distintos niveles geográficos.³

La visión excesivamente monolítica que durante mucho tiempo se ha ofrecido del campesinado obvia la complejidad y el dinamismo de sus actitudes sociopolíticas, la mayor parte de las veces caracterizadas como apáticas y desmovilizadas. Sin embargo, esta visión de la población rural, a la que se ha divorciado de la democratización, ha de ser matizada.⁴ En primer lugar, porque estudios sobre el campo de diferentes

regiones españolas en este periodo revelan que la gente empezaba a perder el miedo cuando se trataba de exponer reivindicativamente los problemas que afectaban a su vida cotidiana, empresa en ningún caso exenta de carga política.⁵ En segundo lugar, porque aun asumiendo la existencia de altas cotas de pasividad, estas no deben traducirse siempre y automáticamente como ausencia de conciencia política, máxime teniendo en cuenta que el contexto dictatorial represivo en el que vivían estas personas acentuaba sobremanera los costes de participación en cualquier acción de protesta abierta. Además, la presencia de actitudes apáticas, o incluso de posturas abiertamente franquistas, no es incompatible con la aparición de conflictividad, sino que ambas pudieron coexistir.⁶

Estos nuevos enfoques sobre la democratización, que prestan atención ya no solo al plano político, sino también al cultural, ya no solo a las regiones industrializadas, sino también a las eminentemente agrarias, que incorporan nuevos actores y que atienden al proceso desde la esfera de lo cotidiano, han renovado las preguntas historiográficas sobre el periodo: ¿De qué forma interactuaron las élites políticas y las bases sociales? ¿Cuáles fueron los momentos clave del cambio en los pueblos? ¿Cuáles eran las expectativas de la gente del agro? ¿Hasta qué extremo mutaron las actitudes sociopolíticas de los españoles del tardofranquismo?

Recogiendo todas estas nuevas perspectivas e inquietudes tratamos de responder en las siguientes líneas a dos cuestiones clave para comprender la imposibilidad de continuidad de la dictadura más allá de la muerte de Franco: qué márgenes tuvieron los habitantes del mundo rural andaluz para la articulación de la protesta y cómo y en qué espacios operaron las transformaciones culturales y mentales catalizadoras de la metamorfosis política. Y lo hacemos desde la perspectiva de la vida cotidiana y desde el marco local que ofrecen varios municipios de Andalucía Oriental, diversos entre sí, escogidos en base a su riqueza documental –disponible

tanto en sus archivos municipales como en los de índole provincial–, y que bien pueden ser representativos de otras realidades peninsulares socioeconómica y políticamente similares.

La pérdida del miedo

Que estamos de acuerdo con la paz, pero con la paz que viene existiendo en la Unión Soviética, no con la paz del verdugo de Franco.

Fragmento de la carta enviada por un grupo de campesinos de Teba (Málaga) a «La Pirenaica».⁷

Comencemos arrojando luz sobre la noción de *democracia*. Siguiendo a Charles Tilly, «un régimen es democrático en la medida en que las relaciones políticas entre el Estado y sus ciudadanos se demuestran con consultas mutuamente vinculantes, amplias, iguales y protegidas», por lo que la *democratización* significaría «el movimiento neto hacia una consulta más mutuamente vinculante, más protegida, más igual y más amplia». Ahora bien, según el autor la construcción de la democracia requiere siempre de la movilización popular. En palabras de Foweraker, la ciudadanía no se confiere, sino que ha de ser conquistada. En esta misma línea, Cenarro explica que la *ciudadanía* ha de ser entendida.⁸

no solo como un estatus jurídico otorgado ‘desde arriba’, sino como una práctica que conlleva un proceso de aprendizaje en el espacio público y que favorece la emergencia de nuevos hábitos, un lenguaje de derechos y una reformulación identitaria colectiva basada en la idea de pertenencia a una ‘comunidad imaginada’.

En tanto que la democracia no se circunscribe al ejercicio del voto o a la militancia activa en un partido político, sino que se hace extensible a toda una serie de variopintos mecanismos de participación ciudadana, su medición requiere de algo más que el análisis de resultados electorales: habrá que fijarse en aspectos más dinámicos como la interacción entre la sociedad civil y el Estado. La democracia difiere según el marco espacial y temporal, de ahí que la que

empezaba a gatear en el campo altoandaluz del tardofranquismo adquiera sus propias dinámicas y especificidades.⁹

A la hora de situar los límites cronológicos del proceso de democratización en el medio agrario hemos de tener presente que el universo político de los hombres y mujeres que lo habitaban no cambió de la noche a la mañana. El camino hacia la democracia empezó a recorrerse mucho antes de la muerte del dictador el 20 de noviembre de 1975, y continuó andándose después de la aprobación de la Constitución el 29 de diciembre de 1978.¹⁰ En el campo, uno de los puntos álgidos llegó en mayo de 1978 con la celebración de las elecciones a Cámaras Agrarias (antiguas Hermandades Sindicales) que, además de movilizar a los votantes y hacerlos partícipes de un proceso en el que por primera vez concurrían los sindicatos progresistas, y precisamente por ello, habrían de servir de ejercicio práctico de cara al acontecimiento electoral que tendría lugar un año después cuando los moradores del agro eligieron, por primera vez en más de cuarenta años, a sus representantes locales. La democracia llegaba a los ayuntamientos.¹¹

No obstante, en muchas ocasiones resulta más apropiado hablar de resurrección o reemergencia de la sociedad civil, esto es, del despertar de una conciencia participativa que con el fin de la guerra civil tan solo se habría echado a dormir. Hay quienes plantean que los valores democráticos de la Segunda República no llegaron a impregnar a la sociedad española, o que para cuando Franco agonizaba en la cama la inmensa mayoría de la población no había experimentado en forma alguna la democracia. Sin embargo, en aquella primera ola democratizadora en la que los mítines, las manifestaciones y los actos de celebración del Primero de Mayo llegaron también a los pueblos, los españoles del campo adquirieron cierta experiencia política.¹²

Y es que la despolitización de la población que con tanto ardor persiguió la dictadura no fue total. Muchos no dejaron morir su «apoyo

emocional» a la alternativa democrática transmitiéndola a sus descendientes.¹³ En pueblos como Teba (Málaga) parece evidente la persistencia de una memoria democrática de los días de la Segunda República que, coincidiendo con los últimos estertores del régimen franquista, rebrotó con renovada fuerza. El cotejo de los resultados electorales de las elecciones democráticas de febrero de 1936, en las que el Frente Popular obtuvo 2.344 votos –frente a los 462 de la CEDA–, con las de abril de 1979, en las que ganó el PCE con 1.077 votos (un 46,77%), resulta revelador a este respecto.¹⁴

Entre unas y otras elecciones, el país había experimentado un importante desarrollo económico que había traído a los españoles un bienestar material y una cierta prosperidad y que en cierto modo sirvió para «comprar» su conformismo. Pero las lavadoras, los televisores y los Seat 600 que empezaron a entrar en los hogares rurales en los años sesenta llevaban en sus manuales de instrucciones nuevos valores y actitudes ante la vida. Pronto emergieron las posturas críticas y prodemocráticas de aquellos que, disfrutando ya de esos bienes de consumo, empezaron a añorar un bienestar inmaterial cada vez menos asociado al orden y más a la libertad.¹⁵

No obstante, frente a la estructuralista «teoría de la modernización» que, partiendo de un esquema lineal y determinista, plantea que la democracia es consecuencia directa del desarrollo económico,¹⁶ suscribimos los planteamientos de autores como Bernecker o Radcliff que han defendido que la cultura democrática se había instalado en las mentalidades de los españoles con anterioridad o de forma paralela al «boom económico» de los años sesenta, de manera que a esas alturas «la sociedad ya estaba en movimiento».¹⁷

La voluntad de acompañar aquel «desarrollismo» con una imagen más moderna, sobre todo de cara al exterior, llevó al gobierno a promulgar leyes más o menos aperturistas como la «Ley Fraga». Aprobada en 1966, liberalizaba tímida-

mente la prensa al acabar con la censura previa, abriendo una grieta a la libertad de expresión por la que se filtraron muchos periodistas críticos que aprendieron a narrar la actualidad de forma críptica. Algunos medios no se limitaron a hablar de la creciente conflictividad, sino que incluso trataron de crear una opinión favorable hacia la misma, caso de la revista progresista *Triunfo*.¹⁸ Lo cierto es que no se podían secuestrar todas las publicaciones estimadas inapropiadas, ni por los recursos necesarios para acometer tamaña empresa ni por los costes políticos que esto hubiera tenido para el régimen.¹⁹ No obstante, el rol democratizador de la prensa en los pueblos estuvo limitado por el elevado número de personas que no sabían leer o que contaban con un modestísimo nivel cultural, así como por el hecho de que muchas revistas y diarios fueran muy difíciles de conseguir en estos –muchas veces recónditos– lugares.

Pero, con la salvedad de este maquillaje legislativo, la única respuesta de la dictadura ante la creciente movilización social fue la represión, lo cual no dejaba de tener algo de contradictorio, en tanto que venía a romper la idea de paz con la que, durante décadas, el régimen había estado «martilleando» a los españoles. Y, a diferencia de la ejercida contra los terroristas, la represión practicada sobre grupos de obreros, estudiantes o vecinos suscitó actitudes de rechazo e indignación. Además, esta respuesta violenta no solo no evitó las protestas, sino que acabó teniendo un efecto contraproducente al provocar acciones aún más radicales y desencadenar movimientos de solidaridad hacia los represaliados.²⁰

Así, cuando el 25 de enero de 1969, tras los incidentes estudiantiles de Barcelona y Madrid, el gobierno decretó el estado de excepción en todo el país por un periodo de tres meses, la oposición democrática aprovechó para arremeter contra el régimen. Coincidiendo con la suspensión de los derechos recogidos en el Fuero de los Españoles la emisora del PCE, Radio España Independiente «La Pirenaica», perfectamente

sintonizada en los hogares rurales, explicó que en distintos pueblos del norte del país habían difundido octavillas con el lema «Excepción no. Salario de 300 ptas., sí», a la vez que hacía un llamamiento a todos los españoles a luchar por la libertad de los estudiantes detenidos y de los presos políticos.²¹

Al calor de aquellos exaltados discursos radiofónicos, varios sucesos subversivos vinieron a perturbar el orden en una ciudad periférica como Almería. El mismo día en que se hacía pública la resolución adoptada por el gobierno, aparecía escrito en letras mayúsculas el vitor «Viva Stalin» en el encerado del aula de un colegio. Tan solo cuatro días después eran descubiertos nuevos letreros en la Avenida Calvo Sotelo y en la Plaza de Emilio Pérez. El primero contenía la inscripción «Españoles, pronto tendremos revolución. ¡Viva la revolución!», hecha a lápiz negro, y el segundo, el símbolo de la hoz y el martillo. El 13 de febrero un nuevo incidente vino a enturbiar la paz cuando varios jóvenes comunistas lanzaron al aire propaganda contra el régimen desde su *Seat 600*.²² La protesta llegaba al espacio público, a las mismas calles que durante tanto tiempo había aspirado a controlar y a patrimonializar la dictadura.

Tras décadas de (aparente) letargo, tuvo lugar «una creciente contestación en aquellas partes del país donde nada (amenazante) parecía ocurrir». ²³ Este despertar vino de los sectores más politizados afiliados a algún partido o sindicato, pero también de hombres y mujeres «normales y corrientes» –padres, madres, estudiantes, jornaleros o sencillamente vecinos– que partían con un bajo perfil político, pero que entendieron que, para ver solucionados sus problemas laborales, urbanísticos o educativos y satisfechas sus aspiraciones, era condición previa la democratización de la vida pública. Y, aunque el camino hacia estas nuevas pautas políticas fue lento, el miedo había comenzado ya a desaparecer.

No obstante, no todo fueron discontinuidades y rupturas con el pasado dictatorial, sino que el proceso estuvo salpicado de las continui-

dades y permanencias inherentes a todo cambio histórico que, en el caso que nos ocupa, estuvieron encarnadas por los apoyos sociales de la dictadura. Asimismo, no podemos negar que la abulia estaba instalada en una gran parte de la población rural que, aun no habiendo mostrado una adhesión incondicional hacia el régimen, pudo sentirse intimidada por el aparato represivo del régimen y/o temerosa ante la incierta pregunta de qué llegaría después del dictador. El movimiento prodemocrático no tuvo la fortaleza suficiente —y aún la tuvo menos en las zonas menos industrializadas del país— como para evitar que Franco muriera en la cama con todos los honores de Jefe del Estado. Ahora bien, este tampoco resultó tan sumamente débil como para no imposibilitar la continuidad de la dictadura. La pasividad de la población, incluso de la del mundo rural, ha sido pues a todas luces sobredimensionada.²⁴

En definitiva, cuando se trata de comprender cómo se construyó la democracia en el campo se hace necesario recurrir a una explicación multicausal: el recuerdo, aunque en ocasiones vago y difuso, de la cultura política de la Segunda República, las transformaciones económicas y sociales desde finales de los años 50, la debilidad de una dictadura forzada a abrir nuevos espacios de sociabilidad y a intensificar la represión, o el papel de concienciación democrática jugado por la oposición política, representada fundamentalmente por el PCE y las CCOO.²⁵ Pero también el cambio de postura de la Iglesia respecto al régimen tras el Concilio Vaticano II (1962-1965) que hizo florecer los movimientos cristianos de base, el contexto internacional europeo favorable a la democratización, el cambio generacional y, en fin, el aprendizaje democrático experimentado por los españoles de a pie en los espacios de su propia cotidianeidad.

Las escuelas de democracia²⁶

La lucha fue en realidad muchas luchas en muchos lugares por muchos motivos, pero cada lucha

contribuyó al proceso de construcción de la democracia.

Joe Foweraker²⁷

La larga travesía desde el estadio de súbditos hasta el de ciudadanos pasó por un «sigiloso y cotidiano proceso de contacto, experimentación, aprendizaje y legitimación de las ideas y valores democráticos» inherentemente unido a la lucha reivindicativa y al asociacionismo. Y es que todas las acciones de demanda de apariencia exclusivamente laboral, educativa, cultural o urbanística contenían en realidad una importante carga política en tanto que no podían verse satisfechas bajo las estructuras dictatoriales.²⁸ Cada vez se revelaba con mayor claridad que las injusticias cotidianas solo llegarían a su fin con la superación del franquismo y la implantación de un nuevo régimen político.

La red de sociabilidad tradicional en el mundo rural del tardofranquismo, compuesta fundamentalmente por el bar y por la iglesia, se vino a sofisticar hacia los años sesenta cuando, al calor del modesto aperturismo, surgieron nuevos espacios como el Centro Cultural o se resignificaron otros que ya existían con anterioridad, caso del salón parroquial, los centros educativos o el patio de vecinos. Y fue en estos ámbitos primarios de socialización cotidiana, cercanos y accesibles, donde los andaluces y andaluzas recibieron sus primeras lecciones de democracia.

El Centro Cultural

Este centro cultural
al que alegre pertenezco,
Hoy os quiere suplicar
Amnistía para bien nuestro.

Estrofa del poema escrito por Gabriel Morano a los reyes de España en 1976.²⁹

La cultura crítica o contra hegemónica desempeñó un papel crucial en la democratización del mundo rural del tardofranquismo. Y es que, bajo la pantalla de las actividades culturales, se discutieron y debatieron temas que introducían

a los receptores en el mundo de la política. Este disfraz adoptado por el antifranquismo resultaba especialmente útil en los pueblos, donde la lucha abierta lo tenía muy difícil. Se trató de una «protesta elíptica», pero en ningún caso desprovista de carga política, como viene a evidenciarlo el hecho de que muchos miembros de estas asociaciones culturales acabasen militando en partidos y desempeñando cargos de concejales o alcaldes tras las elecciones municipales de 1979.³⁰

El Centro Cultural de Estepona (Málaga), ubicado en el número 2 de la calle San José, y que se autodefinía como democrático y sin vinculación con ningún partido, contaba —a la altura de 1976— con más de 300 miembros. Sus boletines informativos recogían los problemas, preocupaciones, necesidades y aspiraciones de los esteponeros. Desde sus páginas se vertieron, en un lenguaje llano fácilmente comprensible, críticas contra la especulación, el turismo masivo o el urbanismo descontrolado que afectaba a su costa. También se reivindicaron cuestiones como una emisora de radio local o la anhelada amnistía política cuya petición activa por toda España constituyó «el mayor movimiento social ocurrido nunca en el país hasta esa fecha».³¹

Además, el Centro organizó numerosas actividades culturales como teatro, cine-club o concursos literarios y de fotografía. En su local se impartían clases de alfabetización todas las noches a las 8 de la tarde y se pronunciaban charlas coloquios sobre temas como «el sentimiento de la muerte en García Lorca». Hasta su sede se desplazaron personalidades como Manuel Gerena, uno de los representantes del flamenco protesta que durante su entrevista hizo un alegato a favor de la libertad de expresión y cantó algunas de sus letras reivindicativas.³² La cultura se convirtió «en un campo de batalla simbólico», pero ese nuevo significado del que se dotó acabó por resultar evidente también para la dictadura, que censuró este tipo de actividades y persiguió a quienes las hacían posibles. Erigido como una auténtica escuela de democracia

para los habitantes de Estepona, el Centro se vio limitado por las restricciones impuestas por las autoridades locales, en ese momento encabezadas por el alcalde Francisco Marruenda. La represión hasta el absurdo de estas expresiones culturales, que en ocasiones afectaron a cantantes o a escritores que gozaban de una cierta popularidad, granjeó a la dictadura nuevas y más intensas antipatías.³³

Así, cuando el 7 de febrero de 1976 fue prohibida por orden gubernativa la Asamblea General Extraordinaria que pretendía celebrar el Centro Cultural de Estepona con el objetivo de discutir sobre la petición de amnistía y sobre las libertades democráticas, más de cien socios y simpatizantes se desplazaron hasta la sede para mostrar su rechazo a la medida. Además, treinta de los allí congregados firmaron en unas cuartillas en señal de protesta, al tiempo que se leían un par de telegramas de adhesión de socios con residencia en Madrid y se tramitaban hasta veinte nuevas altas.³⁴ La represión dictatorial era una máquina generadora de nuevos antifranquistas.

Publicada en la portada del Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona en octubre de 1976.



Imagen 1. Ilustración que invita a romper las cadenas

El tajo

Nosotros aconsejamos a todos los campesinos que el camino a seguir es el de Asturias y Madrid por los sindicatos libres, por el derecho de huelga y por la amnistía de todos los presos políticos y sociales.

Carta enviada por un grupo de trabajadores de Teba (Málaga) a «La Pirenaica». ³⁵

Parece lógico que en una Andalucía eminentemente agrícola como la del tardofranquismo uno de los principales ámbitos de conflictividad, de fermento de reivindicaciones y, consecuentemente, de aprendizaje democrático fuera el tajo hasta el que se desplazaban para trabajar las cuadrillas de jornaleros. A comienzos de la década de los sesenta, la agricultura tradicional atravesaba por una importante crisis consecuencia de un doble proceso de mecanización y de éxodo rural. ³⁶ La reducción de la mano de obra disponible en el sector provocó un aumento salarial que perjudicó los intereses de los empresarios agrarios, que respondieron bien asumiendo la explotación directa de sus tierras bien procediendo al desahucio de aquellos colonos que no estuvieran dispuestos a aceptar las nuevas condiciones de los contratos. ³⁷

Ello dio pie a una importante conflictividad que, en ocasiones, se saldó de forma trágica, como ocurrió en el verano de 1955 en el pueblo de Caparacena (Granada), donde un arrendatario que había sido despedido asesinó al administrador de la finca en que trabajaba. También en los pueblos de la costa granadina surgieron fuertes tensiones a finales de los cincuenta y principios de los sesenta entre los cortadores de caña de azúcar y las empresas azucareras, motivados por cuestiones salariales o por la pérdida de derechos consuetudinarios como la percepción del «salvadillo» para el ganado. ³⁸

Desde finales de los años sesenta y principios de los setenta proliferaron las denuncias de los trabajadores por despidos injustificados, desavenencias salariales, impago de los días festivos y demás incumplimientos del Convenio Colecti-

vo del campo, firmado gracias a la ley de 1958 aprobada en pleno lavado de cara de un régimen que buscaba su plena aceptación internacional. Clandestinamente, empezaron a aparecer llamamientos a la rebeldía como el que rezaba: «Obreros agrícolas de Teba, haced igual que los campesinos de Campillos, no trabajéis por menos de 1,50 ptas. kilo». ³⁹

Ahora bien, este tipo de consignas reivindicativas de apariencia exclusivamente laboral, al tener lugar en el marco de un régimen dictatorial, adquirirían inevitablemente tintes políticos. Y es que, al reclamar mejoras en el sector agrícola se estaba demandando a la par el poder hacerlo con libertad, esto es, se estaba tomando conciencia de que «era condición de una defensa eficaz de sus intereses laborales disponer de sindicatos libres». ⁴⁰ La conflictividad en el tajo acercó a los jornaleros a la ciudadanía: al discutir los términos del destajo, aprendían a negociar, al quejarse por el incumplimiento de lo estipulado, se instruían en el arte de la protesta y, en fin, al no escucharse su voz ni aceptarse la discrepancia, añoraron la participación y el debate. Todos estos nuevos conceptos iban poco a poco «transformando su visión del mundo». ⁴¹

Muchas de estas quejas fueron canalizadas a través de los nuevos sindicatos jornaleros todavía clandestinos, pero también a través de un viejo instrumento de la dictadura, la Hermandad Sindical de Labradores y Ganaderos (HSLG), brazo del sindicalismo vertical en el campo y seguidor de apoyos sociales para la dictadura en este ámbito. ⁴² Muchos trabajadores acudieron a sus servicios jurídicos en busca de asesoramiento para plantar cara a los abusos de los patronos, pero ¿realmente confiaban en el sindicato único como vía para resolver sus problemas laborales o recurrieron a él por ser el único mecanismo disponible para hacer oír su voz?

En una carta escrita en 1964 a la emisora comunista «La Pirenaica» varios jornaleros en paro de Teba (Málaga) se sinceraban al respecto denunciando la «canallada» que venía cometien-

do la HSLG en el pueblo. Acusaban al sindicato de pagarles un sueldo inferior al del jornal base, de robarles mediante el cobro de altas cuotas (40 ptas. mensuales a las que, en caso de no poder pagar, se sumaba un recargo de 8 ptas.) en concepto de un seguro que «no sirve para nada», y de utilizar los fondos destinados a mitigar el paro obrero en arreglar las entradas de las fincas de los patronos, y no los caminos vecinales, como era preceptivo. Concluían el escrito quejándose de que sus denuncias ante la Sección Social de la Hermandad habían caído en saco roto.⁴³

En 1966, catorce trabajadores de este mismo pueblo se atrevieron a denunciar, a través de la HSLG, al patrón A.M.S. por incumplimiento del contrato de varada, del que solamente se les habían pagado seis de los diez apalabrados «cuando los otros cuatro dejaron de ser trabajados por lluvia y no por voluntad de los interesados». Pese a que el propio vicesecretario provincial de Ordenación Social de la Hermandad reconocía la justicia de la reclamación, el demandado fue absuelto. Los damnificados iniciaron entonces una serie de reuniones en las que no ahorraron en quejas contra un sindicato que, a sus ojos, había quedado ya deslegitimado.⁴⁴ Los problemas de legitimidad de las Hermandades venían de atrás, dado que estaban asociadas con la represión posbélica, y se fueron arrastrando a lo largo del tiempo debido a la arbitrariedad con que solían actuar.⁴⁵

También los pequeños y medianos agricultores comenzaron su lucha por la consecución de mejoras laborales poniendo en marcha las «tractoradas» o las «guerras agrícolas», en el transcurso de las cuales se imbuyeron de valores democráticos.⁴⁶ En 1977 tuvo lugar en los pueblos granadinos de Zafarraya, Ventas de Zafarraya y Almendral una auténtica «guerra de las lechugas» en protesta por el bajo precio que cobraban por cada una de estas plantas (1,50 ptas.) por las que luego en el mercado se pagaba un importe 8 veces superior (12 ptas.). Tras la celebración de varias asambleas, acordaron no

vender a menos de 4 ptas. la lechuga, así como colocar en Málaga unas 40.000 sin intermediarios. En los camiones de esta expedición se colocaron pancartas en las que podían leerse consignas como «los intermediarios imponen aún su dictadura», «precios justos para el labrador» o «justicia para las lechugas»,⁴⁷ de evidente cariz político.

En estos ejercicios colectivos de ciudadanía tuvo mucho que ver la «contaminación» externa que recibieron de los compañeros emigrantes que regresaban al pueblo ya fuera puntual y provisionalmente con motivo de las fiestas patronales ya para quedarse definitivamente. Este colectivo, que había estado en contacto con el sindicalismo democrático europeo y que había experimentado en carne propia derechos individuales como la libertad de expresión, abrió los ojos de sus paisanos a esa otra realidad. En un parte confidencial de la Guardia Civil de Almería se afirmaba que se habían recogido comentarios entre retornados de Alemania sobre la necesidad de que los trabajadores españoles estuvieran representados en los sindicatos extranjeros o de que se creasen en España cooperativas de viviendas para emigrantes, entre otras cuestiones.⁴⁸ El acelerado aprendizaje democrático de estos avezados vecinos no se había producido en el tajo, sino en la fábrica o sobre el andamio.⁴⁹

La escuela

La llibertat és la raó de viure, dèiem, somniadors, d'estudiants.

La Llibertat, Joan Margarit

Aunque en el ámbito rural no había facultades universitarias, convertidas desde comienzos de los sesenta en uno de los principales caballos de batalla del régimen en las ciudades, sí existían otros centros educativos como las escuelas, los institutos de Educación Secundaria o los centros de Formación Profesional que, pese a haber merecido escasa atención por parte de una historiografía centrada en el mundo universitario, se convirtieron en espacios dinámicos

de aprendizaje democrático para las nuevas generaciones de estudiantes que no habían vivido la guerra.⁵⁰

Hay que tener presente que en estos años finales de la dictadura, y como consecuencia de la reducción del absentismo, las aulas estaban más llenas que en décadas anteriores y que la educación empezaba a ser cada vez más valorada por las familias como medio de ascenso social.⁵¹ Además, las actitudes sociopolíticas tanto del alumnado, más receptivo a los aires de renovación, como del profesorado, crecientemente crítico con la educación oficial, eran ya distintas de las encarnadas años atrás. Estos funcionarios destinados al pueblo, generalmente jóvenes en tanto que los más experimentados eran enviados a las urbes de mayor entidad, habían adquirido su sensibilidad democrática en las aulas de las facultades universitarias. Al instalarse y hacer vida en la localidad en cuestión estos «agentes de cultura alternativa» renovaban el aire, no solo del aula, sino de la comunidad en su conjunto. Aunque esta solía tener a los docentes en alta estima, no faltaron las ocasiones en que los valores enseñados en casa chocaron frontalmente con los transmitidos en el aula.⁵²

La Ley General de Educación de 1970, otra de las concesiones hechas por un régimen que se abría tímidamente para mantenerse a flote, confirió cierta autonomía a los maestros rurales de EGB y a los profesores de BUP, COU y FP. Aunque no exento de riesgo, este nuevo margen de maniobra fue aprovechado por aquellos docentes imbuidos de los principios del movimiento de renovación pedagógica para infundir inquietudes democráticas en sus estudiantes mediante el fomento del debate en clase, las lecturas de autores socialmente comprometidos y las actividades extraescolares o extracurriculares como las revistas, los grupos de teatro o los concursos literarios. Algunos de estos profesores promovieron la instalación de un «teleclub» en el pueblo o la fundación de la primera asociación local de madres y padres. A través de estas metodologías y contenidos al-

ternativos a los oficiales, aplicados sobre todo a materias como Historia, Literatura o Filosofía, que se prestaban especialmente a ello, los maestros rurales trataron de dar impulso al espíritu crítico de sus estudiantes.⁵³

Tal impulso se alimentó en buena medida del potente movimiento estudiantil con epicentro en las universidades de Madrid y Barcelona cuyo eco llegaba hasta las áreas más periféricas. A comienzos de marzo de 1969, una carta remitida desde la ciudad condal llegaba a manos de estudiantes de la Escuela Normal de Magisterio de Almería. En ella los alumnos eran invitados por sus compañeros a sumarse a la huelga declarada unos días antes en protesta por la falta de información acerca de «los derechos profesionales y económicos» que tendrían con el nuevo plan de estudios.⁵⁴

Se trató también de una cuestión generacional, pues la visión del mundo que tenía la gente joven estaba cada vez más distante de la de sus progenitores. Influenciada por un movimiento internacional más amplio, la juventud se mostraba rebelde en el plano cultural, en «su forma de vestir, sus peinados, sus gustos por el cine, la música, el teatro o la literatura». Buena parte de este grupo de edad, «cada vez más alejado del sistema político y de lo que consideraba valores negativos y anticuados de las generaciones anteriores», deseaba romper con el pasado dictatorial e implantar unas nuevas y democráticas reglas de juego.⁵⁵

El movimiento estudiantil de las multicopistas, las carreras ante «los grises» y las octavillas subversivas llegaba hasta la juventud local a través de una prensa incipientemente crítica que, aunque crípticamente, recogía las consignas de los manifestantes o las cargas policiales. Pero las nuevas podían llegar también en la maleta de ese paisano universitario que volvía al pueblo para las fiestas de verano con alguna publicación clandestina o incluso por boca de los estudiantes que realizaban su servicio militar en la guarnición local.⁵⁶ Qué duda cabe de que las intensas movilizaciones que por aquellos años

estaban teniendo lugar en las facultades de las principales ciudades españoles dinamizaron políticamente los escenarios rurales.

Impulsados quizá por ese tipo de noticias, el 4 de febrero de 1976 unos cincuenta estudiantes de secundaria y de Formación Profesional de Estepona se concentraron ante el Ayuntamiento de su pueblo para reivindicar la puesta en marcha de escuelas nocturnas para los jóvenes trabajadores, la anulación de las medidas disciplinarias de expulsión, dotación económica para la puesta en marcha de actividades culturales, becas que hicieran realidad el principio de igualdad, o libertad de expresión.⁵⁷ Esta cultura de la protesta ponía a los jóvenes cara a cara con los valores y hábitos democráticos, con los que podían coquetear a unos costes inferiores a los asumidos por los jornaleros, que se jugaban el pan.

El patio de vecinos

El barrio se configuraba para las mujeres como espacio social y político, a la vez prolongación de la domesticidad y microcosmos de relaciones solidarias.

Giuliana di Febo⁵⁸

La ley de Asociaciones de 1964 abrió «oportunidades legales para la protesta»⁵⁹ que fueron aprovechadas por las comunidades de vecinos para constituirse en asociación y poder así combatir con un plus de eficacia los problemas sociales, económicos y culturales que arrastraban sus calles o sus barrios. Desde estas plataformas se reivindicaron cuestiones como el saneamiento y la limpieza públicos, la construcción de viviendas dignas y el fin del chabolismo, o la gestión propia de recursos naturales como el agua.⁶⁰ Con pretensiones como estas nació, en marzo de 1976, la Asociación de Vecinos de Estepona que, en su defensa de los intereses del pueblo, aspiraba a combatir el desempleo, el analfabetismo o la falta de puestos escolares y de guarderías.⁶¹

La lucha vecinal por las mejoras ciudadanas no estaba en ningún caso exenta de carga polí-

tica. Muestra de ello es que de los integrantes del movimiento saldrían algunos de los primeros ediles demócratas. En el asociacionismo los andaluces aprendieron que, frente al desentendimiento de sus ayuntamientos respecto de sus problemas cotidianos, había un camino alternativo por el que, mediante la participación, el debate, la puesta en común de ideas y el compromiso, podían lograrse resultados satisfactorios.⁶² Al escoger transitar ese camino del activismo vecinal experimentaron un proceso de empoderamiento que los condujo a posiciones cada vez más alejadas del franquismo y más próximas a la democracia.

El «patio de vecinos» destacó sobre las otras escuelas de democracia por el protagonismo que en él tuvieron las mujeres, las mejores conocedoras de la problemática cotidiana que afectaba a sus calles o a sus barrios.⁶³ Sus micro-luchas por solventarla contribuyeron a politizar aspectos de la vida cotidiana que hasta este momento no lo estaban, dotando así a lo político de un nuevo significado.⁶⁴ En muchas ocasiones se trataba de empleadas del hogar que, tras haber estado sirviendo en una casa de la capital, se casaban y se «reencontraban» con el pueblo donde, tras haberse empapado de las nuevas dinámicas urbanas, se integraban en la asociación de vecinos o de amas de casa.⁶⁵ Aquí continuaban su proceso de aprendizaje democrático al tiempo que hacían de maestras de otras mujeres todavía no iniciadas en la materia.

Muchos de los que, desde las asociaciones vecinales, clamaban por el fin del desempleo y del analfabetismo en sus pueblos, creyeron que estos problemas hallarían mejores cauces de resolución en una Andalucía con autonomía. Fue probablemente con esta certidumbre en mente con la que un grupo de vecinos de Santa Fe (Granada) tomó la iniciativa de recoger firmas —a la vez una forma de protesta y una evidencia de democratización—⁶⁶ favorables a que en el siguiente pleno municipal se debatiera acerca de la idoneidad de instalar «la bandera de nuestra región» en el balcón del ayuntamiento.⁶⁷ Corría

la primavera de 1977, año que concluiría con la multitudinaria manifestación que en Málaga le costaría la vida al joven Manuel José García Caparrós al ser abatido por la Policía Armada mientras colocaba la bandera blanca y verde en el balcón de la Diputación.

Este clamor regionalista de la sociedad civil fue impulsado por asociaciones como el Centro Cultural de Estepona, que en mayo de 1976 publicaba un texto titulado «Orígenes históricos del regionalismo andaluz», o como *Solidaridad Andaluza*, que nació en Granada en 1975 y extendió su acción a numerosos pueblos de Andalucía, sobre todo de la zona oriental. Bajo la pantalla de lo cultural, abogó por la recuperación de las tradiciones locales, al tiempo que concienciaba acerca de los problemas que afectaban a la región, apostando por la autonomía como solución a los mismos.⁶⁸

El salón parroquial

Por aquellos que asisten de rutina a misa, para que Dios les dé valor y no asistan», a lo que los fieles debieron contestar: «Te rogamos, Señor».

Preces durante una misa en Albuñol (Granada) el 12 de febrero de 1968.⁶⁹

Uno de los mayores quebraderos de cabeza del régimen en su última década de existencia iba a venir de su tradicional aliada, la Iglesia católica, con quien desde los días de la guerra había formado un tándem que parecía indisoluble. El Concilio Vaticano II (1962-1965) renovó el discurso eclesiástico, disolviendo el más añejo y rancio del nacionalcatolicismo, inauguró un nuevo lenguaje que superaba a aquel de la «Cruzada» y, en fin, trajo nuevos aires a una institución en la que las voces críticas con el régimen acabaron convirtiéndose en mayoritarias. Ello, asumido por una nueva generación de eclesiásticos que no habían vivido la guerra, propició el «desenganche» de la Iglesia —primero de sus bases y, más tarde y en menor medida, de su jerarquía— con respecto a la dictadura.⁷⁰ El régimen respondió a este nuevo frente opositor

tal y como acostumbraba, incrementando la vigilancia y recrudesciendo la represión.⁷¹

En aquellos años se multiplicaron los párrocos «alborotadores» que llegaban al pueblo para dinamizar la rutinaria vida local organizando actividades culturales y pronunciando sermones con contenido político y social que contribuyeron al resurgir de la sociedad civil en este ámbito.⁷² Fue en la iglesia de su pueblo, espacio de «asociacionismo natural» desde tiempos inmemoriales, donde muchos escucharon hablar por primera vez de política. Entre misas y confesiones, los parroquianos se empapaban de un nuevo lenguaje y adoptaban una nueva actitud ante la dictadura y ante la vida. Entre los más destacados alumnos de esta escuela de democracia estaban las mujeres, público habitual de los curadores de almas. Sin embargo, muchas de ellas aún no se atrevían si quiera a entrar en el templo sin velo o sin medias.

No es de extrañar, pues, que este discurso católico moderno suscitara resistencias en las tradicionales comunidades rurales que, ya fuera por su mentalidad mayoritariamente conservadora ya por el miedo que aún las paralizaba, se escandalizaron y defendieron activamente la tradición criticando estos mensajes «subversivos» e incluso denunciando a quienes tuvieron la osadía de pronunciarlos.⁷³ En junio de 1973 algunos de los asistentes a la procesión del Corpus Christi en Almería acabaron llamando a la policía después de escuchar cómo el cura de la parroquia de San Sebastián criticaba a las autoridades que permitían «que los pobres continuaran viviendo en la esclavitud» y defendía la libertad de expresión y de asociación.⁷⁴ Pero también en la defensa de la tradición podían aprenderse pautas políticas.

Mediada la década de 1970 llegó a Teba (Málaga) un párroco muy distinto de cuantos habían paseado la sotana por la iglesia del pueblo hasta ese momento. A.S.R. conectó pronto con la juventud, entre otras cosas gracias a la guitarra que solía acompañarlo y con la que hacía sonar alguna de Víctor Jara. También se dejaba ver por

las tabernas, donde acostumbraba a mantener reuniones de contenido político con los vecinos. E incluso prestó el local de «La Emisora» para celebrar conferencias como la del catedrático de Historia Contemporánea y reorganizador del PSOE en Málaga, Antonio Nadal.⁷⁵

Pero iba a ser otro episodio el que acabara costando el arresto y la expulsión del pueblo al padre A., apenas un año después de haber puesto los pies en él por primera vez. Tras el fusilamiento de cinco miembros de ETA, los últimos ejecutados por la dictadura, tuvo la osadía de nombrarlos en una homilía. Al pronunciar aquellos apellidos euskeras se hizo un breve e incómodo silencio tras el cual algunas de las feligresas más fieles, escandalizadas con aquellas palabras, se levantaron aireadas, tiraron el libro sagrado al suelo y abandonaron el templo. Fue una de aquellas señoras de orden quien lo acabó denunciando ante las autoridades.⁷⁶

El salón parroquial fue el lugar elegido para la celebración de ciclos de conferencias como el de Roquetas de Mar (Almería) en marzo de 1969 o para la puesta en marcha de cineclubs como el de Chriuel (Almería), en funcionamiento ya desde comienzos de los sesenta. Los curas que promovieron estas actividades culturales y religiosas aprovecharon la seguridad relativa que ofrecía la iglesia, en la que la policía solo podía irrumpir con autorización del obispado, para tratar cuestiones políticas y sociales.⁷⁷ Pero la tapadera fue pronto descubierta por las autoridades, que comenzaron a vigilar de cerca la cada vez más frenética actividad en este espacio.

El 18 de febrero de 1969 tuvo lugar una reunión de matrimonios en Alhama de Almería con el objetivo de fomentar el «movimiento familiar cristiano» a la que acudieron unos veinte matrimonios. Organizada por el sacerdote local, la charla corrió a cargo del médico de Almería M.R.M. y de su esposa, que hablaron durante dos horas sobre la necesidad de «vivir en gracia, teniendo siempre en cuenta la unidad cristiana». El evento mereció un informe confidencial de la Guardia Civil, que aseguró que no se trataron

«temas de carácter político ni laboral» y que no hubo incidentes,⁷⁸ a diferencia –quizá– de lo ocurrido en otras ocasiones.

Poco menos de un mes después se celebraba un cursillo de cristiandad en el salón parroquial de Instinción (Almería) al que acudieron unas cien personas procedentes de Canjáyar, Alhama, Huécija, Íllar y otros pueblos cercanos, para aprender «a conocer más a Cristo y a vivir en gracia». Aunque la Guardia Civil insistía en que no se habían tratado «asuntos de carácter político ni social», el mero hecho de que el evento mereciera un nuevo informe en el que se reparaba en este punto nos hace sospechar al respecto.⁷⁹

Conclusiones

El torbellino de cambios que, desde mediados de los años sesenta, vivió el país fue el resultado de la combinación de múltiples factores, de entre los cuales no puede excluirse el aprendizaje democrático experimentado por los hombres y mujeres de a pie en los espacios de su propia cotidianeidad. Este proceso de democratización fue de la mano de la movilización social y de las acciones de protesta –sumando al viejo repertorio nuevas formas como la recogida de firmas– contra las (percibidas como) injusticias cotidianas. Y ello estaba en relación con las nuevas necesidades y aspiraciones de los españoles de entonces, distintos ya de los de la década de 1940.

La conflictividad cotidiana tenía un innegable carácter pedagógico: en las luchas laborales, vecinales o estudiantiles los implicados recibieron un acelerado cursillo de madurez política. En el Centro Cultural, el tajo, la escuela, el patio de vecinos y el salón parroquial –con la notoria presencia de las mujeres en estos dos últimos, dado el rol doméstico y piadoso que tradicionalmente les había sido asignado–, núcleos primarios de la sociabilidad rural ahora convertidos en «escuelas de democracia», los andaluces del agro adquirieron valores como la tolerancia

o el compromiso y asumieron hábitos como la participación o la negociación, adquiriendo una nueva sensibilidad democrática. Las lecciones de ciudadanía impartidas en estas escuelas de democracia irradiaron al resto de espacios de la cotidianeidad hasta impregnar cada esquina de un nuevo aroma de emancipación.

Los campesinos andaluces estaban ya apuntados en la lista de aspirantes a ciudadanos de un país democrático: su concienciación social iba *in crescendo* y sus miedos comenzaban a esfumarse. Algo estaba empezando a moverse en los adentros de esos hombres y mujeres corrientes que, con sus microluchas cotidianas –avivadas por la represión con que respondió un régimen que se resistía a morir– amenazaron el orden por el que tantas veces había sacado pecho la dictadura. Y, aunque no todos remaban en la misma dirección, e incluso hubo muchos que ni siquiera alcanzaron a tomar los remos, bastó con que unos pocos bracearan con decisión para dejar atrás «lo viejo» y alcanzar un nuevo y más prometedor escenario.

NOTAS

- ¹ LÓPEZ PINTOR, *La opinión pública española del franquismo a la democracia*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1982, p. 99.
- ² Sobre el concepto de «sociedad civil»: PÉREZ DÍAZ, Víctor, *La primacía de la sociedad civil: el proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 78. Sobre la existencia de una cultura democrática previa a la acción de los que durante mucho tiempo fueron considerados protagonistas de la Transición: RADCLIFF, Pamela, *Making democratic citizens in Spain. Civil society and the popular origins of the Transition, 1960-78*, New York, Palgrave macmillan, 2011, p. 2.
- ³ CABANA, Ana, «¿Mientras dormían? Transición y aprendizaje político en el mundo rural», en RODRÍGUEZ BARRERA, Óscar J. (ed.), *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...*, Almería, Universidad de Almería y Universitat de Lleida, 2013, pp. 93-112, p. 96.
- ⁴ Sobre la puesta de la mirada en el ámbito local: CARASA, Pedro, «El giro local», *Alcores*, 3, 2007, pp. 13-35. Entre los trabajos que han roto con este tópico de la despolitización campesina: HERRERA, Antonio y MARKOFF, John, «Democracia y mundo rural en España», *Ayer*, 89, 2013, pp. 13-119. Sobre la incorporación de nuevos actores en el proceso democratizador: GONZÁLEZ MADRID, Damián A. y

MARTÍN GARCÍA, Óscar J., «In movement. New players in the construction of democracy in Spain, 1962-1977», *Political Power and Social Theory*, 20, 2009, pp. 39-70.

- ⁵ Para el caso de Albacete ver: MARTÍN GARCÍA, Óscar J., *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, Catarata, 2008. Para el mundo rural catalán consultar: FERRER, Cristian, «Municipalismo y cambio político (1971-1979). La construcción de la democracia en el mundo rural», *Actas del IV Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Valencia, 2015, pp. 257-262. Sobre el rural gallego ver, por ejemplo: DÍAZ GEADA, Alba y TABOADA, André, «Sindicalismo nacionalista en el rural gallego del tardofranquismo y la transición (1973-1978): discurso y práctica para la democracia desde el campo», *Historia, trabajo y sociedad*, 5, 2014, pp. 101-117. Para el caso de Andalucía oriental: COBO, Francisco y ORTEGA, Teresa, «La protesta de solo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y la oposición democrática franquista en Andalucía oriental. 1951-1976», *Historia Contemporánea*, 26, 2003, pp. 113-160.
- ⁶ SEVILLANO CALERO, Francisco, *Ecos de papel: la opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 212. Sobre la coexistencia de pasividad y conflictividad: YSÁS, Pere, «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer*, 68, 2008, pp. 31-57.
- ⁷ Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHP-CE), REI, Málaga 183/7, 1964.
- ⁸ TILLY, Charles, *Democracia*, Madrid, Akal, 2010, pp. 45, 93 y 113; FOWERAKER, Joe, «Introduction», en *Making democracy in Spain. Grass-roots struggle in the south, 1955-1975*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 261; CENARRO, Ángela, «Género y ciudadanía en el franquismo», *Ayer*, 102, 2006, pp. 13-21, p. 14.
- ⁹ Sobre esta amplia noción de la democracia: GIL ANDRÉS, Carlos, «Esas luchas pueblerinas. Movilización política y conflicto social en el mundo rural republicano (La Rioja, 1930-6)», *Ayer*, 89, 2013, p. 103. Sobre la forma más idónea de medir la democracia: TILLY, Charles, ob. cit., p. 97. Sobre la vinculación de la democracia a las variables espacio-tiempo: HUNTINGTON, Samuel, en JULIÁ, Santos, «Orígenes sociales de la democracia en España», *Ayer*, 15, 1994, p. 166.
- ¹⁰ HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio, «Los procesos de democratización durante la Transición española. Viejos debates, nuevas propuestas», *Historia Social*, 71, 2011, p. 166.
- ¹¹ Los resultados de sendos procesos electorales, primeros medidores de democracia en el campo, han sido comparados en: CABANA, Ana y Díaz GEADA, Alba, «Más allá de un baile de papeletas: acción colectiva, sindicalismo democrático y comportamiento electoral en la Galicia rural de la Transición», en LANERO, Daniel (ed.), *Por surcos y calles: movilización social e identidades en Galicia y País Vaco (1968-1980)*, Madrid, Catarata, 2013, pp. 33-65, pp. 45-59.
- ¹² Sobre la «resurrección» de la sociedad civil: LÓPEZ PINTOR, Rafael, ob. cit., pp. 90, 99 y 104. Para una matización del arraigo de la cultura democrática durante la Segunda

- República: SEVILLANO CALERO, Francisco, ob. cit., p. 213. Para la democratización del mundo rural durante la Segunda República: GIL ANDRÉS, Carlos, ob. cit., pp. 93-119. Evidencias de la agitación política de aquellos años en: Archivo Municipal de Teba (AMT), caja 51, Correspondencia abril 1936.
- ¹³ Sobre la persistencia de un «apoyo emocional»: TILLY, Charles, ob. cit., pp. 189 y 199. Para una matización de esta tesis, ver: JULIÁ, Santos, ob. cit., pp. 179-180. Algunos autores han señalado la conveniencia de hablar de «desmovilización política», que no de «despolitización»: «Más allá de un baile de papeletas...», cit., p. 36.
- ¹⁴ Resultados electorales elecciones municipales 1979 en: Ministerio del Interior (www.infoelectoral.interior.es).
- ¹⁵ Sobre el desajuste entre el desarrollo material y el inmaterial ver: LÓPEZ PINA, Antonio y ARANGUREN, Eduardo L., *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976, p. 189. Para la evolución de las preocupaciones de los españoles hacia el final de la dictadura ver también: CAZORLA, Antonio, *Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, pp. 336-7; y JULIÁ, Santos, ob. cit., p. 185.
- ¹⁶ Uno de los padres de la «teoría de la modernización» a finales de los años cincuenta fue el sociólogo norteamericano Seymour Martin Lipset.
- ¹⁷ BERNECKER, Walter L., «The Change in Mentalities during the Late Franco Regime», en TOWNSON, Nigel, *Spain Transformed. The Late Franco Dictatorship, 1959-75*, New York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 67 y 69; RADCLIFF, Pamela, «Associations and the Social Origins of the Transition during the Late Franco Regime», en TOWNSON, Nigel, ob. cit., p. 140. En esta misma línea de rechazo del discurso estructuralista de la modernidad se sitúan también trabajos como: ORTEGA, Teresa M. y FUENTES, M. Candelaria, «Identidades colectivas, estrategias simbólicas y marcos para la acción colectiva. El despertar de los movimientos sociales y la movilización política en el tardofranquismo y la Transición Política a la democracia», en CRUZ ARTACHO, Salvador y PONCE ALBERCA, Julio (coords.), *El mundo del trabajo en la conquista de las libertades*, Jaén, Universidad de Jaén, 2001, pp. 11-36.
- ¹⁸ CABANA, Ana, et. al., «Dinámicas políticas de la sociedad rural gallega: entre la agonía de la dictadura y la implantación de la democracia (1970-1978)», *Actas XIII Congreso de Historia Agraria. Congreso Internacional de la SEHA*, Lleida, 2011, p. 12. Algunas notas sobre la revista *Triunfo* en ALFAYA, Javier, *Crónica de los años perdidos*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, pp. 194-223.
- ¹⁹ MUÑOZ SORO, Javier, «Parlamentos de papel: La prensa crítica en la crisis del franquismo», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 455-6; CRUZ, Rafael, *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, pp. 154 y 186; SEVILLANO CALERO, Francisco, ob. cit., p. 209. Sobre la Ley Fraga y su efecto liberalizador en la cultura: CHULIÁ, Elisa, «Cultural Diversity and the development of a Pre-democratic Civil Society in Spain», en TOWNSON, Nigel, ob. cit., pp. 174-6.
- ²⁰ *Protestar...*, cit., pp. 158 y 174; *Miedo y progreso...*, cit., pp. 337-338.
- ²¹ Archivo Histórico Provincial de Almería (AHPA), Caja 4459, partes de la Guardia Civil, 18/02/69. Algunas notas sobre el papel del PCE en la generación de cultura política en: «Los procesos de democratización...», cit., p. 167. Sobre el rol democratizador que desempeñó el partido en el ámbito rural andaluz con la puesta en marcha, entre otros, del «asamblearismo» campesino y jornalero: COBO, Francisco y FUENTES, M. Candelaria, «Los comunistas, la democracia y el campo. El asamblearismo campesino y la difusión de valores democráticos entre la sociedad rural, 1962-1975», en ORTEGA, Teresa M. y COBO, Francisco (eds.), *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*, Granada, Comares, 2011, pp. 319-352.
- ²² AHPA, Caja 4459, partes de la Guardia Civil, 25/01/69, 29/01/69 y 13/02/69.
- ²³ *A tientas con la democracia...*, cit., p. 29.
- ²⁴ Santos Juliá nos recuerda que la democracia no fue fruto de una «irresistible movilización popular» en: JULIÁ, Santos, ob. cit., p. 185; *A tientas con la democracia...*, cit., pp. 19, 301 y 303.
- ²⁵ Algunas notas sobre el PCE en estos años en: BARRANQUERO TEXEIRA, Encarnación, «El PCE de Málaga en la transición a través de su periódico «Venceremos», en BUENO LLUCH, M., *II Congreso de Historia del PCE. De la resistencia antifranquista a la creación de IU. Un enfoque social*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007. Sobre las Comisiones Obreras Agrícolas y Campesinas y su actividad en el campo andaluz: MARTÍNEZ FORONDA, A. (coord.), *La conquista de la Libertad. Historia de las CCOO de Andalucía*, Cádiz, Fundación Estudios Sindicales, 2003, pp. 234-347.
- ²⁶ En referencia a las asambleas del PCE, M. Candelaria Fuentes ha hablado de «contextos de micromovilización», esto es, «espacios de intercambio de sensibilidades y experiencias comunes», «espacios para la reunión y el debate»: FUENTES, M. Candelaria, «El PCE y la construcción de la democracia en el campo andaluz durante los años 60. El «asamblearismo» campesino y jornalero y la difusión de valores prodemocráticos», en ORTEGA, Teresa M. y DEL ARCO, M.Á. (eds.): *Claves del mundo contemporáneo, debates e investigación: Actas del XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Granada, 2012, p. 10.
- ²⁷ FOWERAKER, Joe, «Introduction...», ob. cit., p. 1.
- ²⁸ *A tientas con la democracia...*, cit., p. 37; HERRERA, Antonio, MARKOFF, John, VILLA GIL-BERMEJO, Inmaculada, «La democratización del mundo rural en España en los albores del siglo XX. Una historia poco conocida», *Ayer*, 89, 2013, p. 36; MIGUEZ MACHO, Antonio, CABO, Miguel, «Pisando la dudosa luz del día: el proceso de democratización en la Galicia rural de la Restauración», *Ayer*, 89, 2013, pp. 51 y 63; *Protestar...*, cit., p. 183.
- ²⁹ Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, 1976.
- ³⁰ La dificultad de articular la lucha abierta en el campo es tratada en: FERRER, Cristian, «Municipalismo y cambio político...», p. 258. Para la «protesta elíptica» ver: *Protestar...*, cit., p. 152.

- ³¹ *Protestar...*, cit., pp. 178, 184 y 190.
- ³² Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, 1976. Algunas notas sobre la vinculación del flamenco con la política en PINEDA GIRALDO, Sara, «Cante Jondo: opresión y disidencia durante el franquismo», *Actas IX Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Granada, 2016.
- ³³ *Miedo y progreso...*, cit., pp. 338-9 y 345; *Protestar...*, cit., p. 155.
- ³⁴ Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, 1976; diario *Sol*, 08/02/76.
- ³⁵ AHPCE, REI, Málaga 183/7, 1964.
- ³⁶ NAREDO, José Manuel, «Diez años de agricultura española», *Agricultura y Sociedad*, 46, 1988, pp. 9-36.
- ³⁷ ORTEGA LÓPEZ, Teresa M., *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada, 1936-1977*, Granada, Universidad de Granada, 2003, pp. 226-237.
- ³⁸ *Ibidem*.
- ³⁹ Archivo de las Cámaras Agrarias de Teba (ACAT), Expedientes de conciliación (Junta de Conciliación Sindical). AHPCE, REI, Málaga 183/7, 1964.
- ⁴⁰ JULIÁ, Santos, ob. cit., p. 182.
- ⁴¹ GÓNZALEZ DE MOLINA, Manuel, CRUZ ARTACHO, Salvador, ACOSTA RAMÍREZ, Francisco, «Los socialistas y el proceso de democratización en la España rural de la Restauración», *Ayer*, 89, 2013, p. 68. *Miedo y progreso...*, cit., p. 313-4. Sobre la politización campesina a partir de demandas como la de la percepción de unos precios agrarios más remuneradores: SABIO, A., «Cultivadores de democracia. Politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980», *Historia Agraria*, 38, 2006, pp. 75-102, pp. 78-90.
- ⁴² GÓMEZ OLIVER, Miguel, «¿Y ahora qué? La sociedad rural ante la Transición Política», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, ob. cit., p. 151; DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel, «Los auténticos representantes del campo español. Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos y generación de adhesión y consentimiento hacia el franquismo», *Historia Social*, 84, 2016; LANERO, Daniel y CABANA, Ana, «Equilibrios precarios: una microhistoria del poder local en acción bajo el franquismo», en *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo*, Madrid, Catarata, 2014.
- ⁴³ AHPCE, REI, Málaga 183/7, 1964.
- ⁴⁴ ACAT, Expedientes de conciliación (Junta de Conciliación Sindical), 1966. Sobre la incapacidad de la HSLG para resolver los problemas de los trabajadores: GÓMEZ OLIVER, Miguel, «¿Y ahora qué?...», p. 152.
- ⁴⁵ CABANA, Ana, DÍAZ GEADA, Alba, LANERO, Daniel y TABOADA, André, «Dinámicas políticas de la sociedad rural gallega...», p. 13.
- ⁴⁶ «Los procesos de democratización...», cit., p. 168; GÓMEZ OLIVER, Miguel, «¿Y ahora qué?...», p. 151. Sobre estas «guerras» en el ámbito rural gallego: CABANA, Ana, et. al., «Dinámicas políticas de la sociedad rural gallega...», p. 6. Diario *ABC*, 22/07/77.
- ⁴⁷ AHPA, partes de la Guardia Civil, marzo de 1969.
- ⁴⁸ Sobre la influencia de los contactos con el exterior en el aprendizaje democrático ver: FUERTES, Carlos: «Vida cotidiana, educación y aprendizajes políticos de la sociedad española durante el franquismo», en PÉREZ LEDESMA, Manuel y SAZ, Ismael: *Del franquismo a la democracia (1936-2013)*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 53-79, pp. 72-77.
- ⁴⁹ Una de las pocas y recientes excepciones que atiende a los centros de educación secundaria: FUERTES, Carlos, «La influencia sobre los estudiantes del profesorado crítico del Tardofranquismo: el caso de las Ciencias Sociales», *Social and Education History*, 5 (2), 2016, pp. 188-194, pp. 197-205.
- ⁵⁰ BERNECKER, Walter L., ob. cit., p. 68.
- ⁵¹ Aunque centrado en la actividad de la ACIES (Asociación para la Correspondencia e Imprenta Escolar) en el mundo rural salmantino: GROVES, Tamar, «Back to the Village: Teachers as Agents of an Alternative Culture», en GROVES, Tamar, *Teachers and the struggle for democracy in Spain (1970-1985)*, London, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 190-220, p. 220.
- ⁵² Sobre el interés que tiene este colectivo para el estudio de la democratización rural: LANERO, Daniel y MIGUEZ, Antonio, «¿Lejos de la apatía?: Politización y movimientos sociales en la España rural del final del franquismo y la Transición (1968-1982): Un estado de la cuestión», en *Por surcos y calles...*, cit., pp. 22-3; GIL ANDRÉS, Carlos, ob. cit., p. 105.
- ⁵³ AHPA, partes de la Guardia Civil, caja 4459, marzo de 1969.
- ⁵⁴ *Miedo y progreso...*, cit., pp. 320 y 326.
- ⁵⁵ *Ibidem*, p. 327.
- ⁵⁶ Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, 1976; diario *Sur*, 05/02/76.
- ⁵⁷ DI FEBBO, Giuliana, «Resistencias femeninas al franquismo. Para un estado de la cuestión», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28, 2006, p. 163.
- ⁵⁸ *Protestar...*, cit., pp. 156-7. Para el asociacionismo en el ámbito urbano, ver: RADCLIFF, Pamela, «Associations and the Social Origins of the Transition during the Late Franco Regime», en TOWNSON, Nigel, ob. cit., p. 149.
- ⁵⁹ Sobre esta última cuestión ver «Los procesos de democratización...», cit. Ver también: ROMÁN RUIZ, Gloria, «Agua para todos. La conflictividad en torno al agua en Alhama de Almería (1933-1966)», *El Eco de Alhama*, 36, 2016.
- ⁶⁰ Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, 1976; diario *Sol*, 16/03/76.
- ⁶¹ NICOLÁS, Encarna, «La Transición se hizo en los pueblos. La vida política en Murcia (1968-1977)», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael, ob. cit., pp. 266-7.
- ⁶² DI FEBBO, Giuliana, ob. cit., p. 163.
- ⁶³ CABRERO BLANCO, Claudia, «Tejiendo las redes de la democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista», en YUSTA, Mercedes y PEIRÓ, Ignacio (coords.) *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas. Resistencias femeninas en la España Moderna y Contemporánea*, pp. 209-217, p. 216.
- ⁶⁴ DE DIOS, Eider, «Yo tenía el sentimiento ese de que había que mejorar esto. Actitudes políticas de las mujeres en el tardofranquismo», *Actas IX Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Granada, 2016, p. 11.
- ⁶⁵ *Protestar...*, cit., p. 167.
- ⁶⁶ Archivo Municipal de Santa Fe (AMSF), caja 802, expedientes año 1977.

- ⁶⁸ Boletín Informativo del Centro Cultural de Estepona, mayo de 1976. *Solidaridad Andaluza* nació a iniciativa de militantes de la HOAC y del movimiento de la *No Violencia* de Granada, en: CONTRERAS BECERRA, Javier, «Sociedad civil y movilización autonomista en Andalucía. Los grupos de «Solidaridad Andaluza»», *Hispania Nova*, 13, 2015, pp. 140-41.
- ⁶⁹ Archivo General de la Administración (AGA), 42/09004, 2: dossier actividades clero diócesis Granada.
- ⁷⁰ MARTÍN GARCÍA, Óscar J. y GONZÁLEZ MADRID, Damián A.: «La aportación católica a la crisis del franquismo y a la construcción de una sociedad democrática. Nuevas perspectivas desde el análisis micro», en ORTIZ HERAS, Manuel y GONZÁLEZ MADRID, Damián A.: *De la cruzada al desencanche: la iglesia española entre el franquismo y la transición*, Madrid, Sílex, 2011, pp. 291-315, pp. 300-306.
- ⁷¹ La persecución que sufrieron en estos años los sacerdotes comprometidos ha llevado a algunos autores a hablar de «anticlericalismo franquista» o «de derechas» estableciendo una analogía con el anticlericalismo de la Segunda República y la Guerra Civil, aunque de signo contrario, en CRUZ, Rafael: «Sofía Loren, sí; Montini, no. Transformación y crisis del conflicto anticlerical», *Ayer*, 27, 1997, pp. 181-218.
- ⁷² La contribución de los grupos políticos y de las publicaciones cristianas a la democratización es comentada en LÓPEZ PINA, Antonio y ARANGUREN, Eduardo L., ob. cit., p. 198.
- ⁷³ Algunas notas sobre la resistencia al cambio en estos años en BERNECKER, Walter L., ob. cit., pp. 72 y 74.
- ⁷⁴ Ejemplos de ello en CAZORLA, Antonio, «Did you hear de sermon? Progressive priests, conservative catholics and the return of Political and Cultural Diversity in Late Francoist Spain», *The Journal of Modern History*, 85, 3, 2013, pp. 549, 552-3.
- ⁷⁵ Entrevistas realizadas en Teba (Málaga) a Matea, a Jorge, a Juan y a Francisco los días 6, 8 y 9 de junio de 2016, respectivamente.
- ⁷⁶ *Ibidem*. No obstante, la versión de los hechos del propio protagonista, A.S.R., entrevistado en Málaga el 15 de julio de 2016, matiza algunos de estos datos.
- ⁷⁷ AHPA, caja 4459, 1969 y caja 4465, 1961. *Protestar...*, cit., pp. 158, 164 y 169. *Miedo y progreso...*, cit., p. 169.
- ⁷⁸ AHPA, partes de la Guardia Civil, caja 4459, 18/02/69.
- ⁷⁹ *Ibidem*, 12/03/69.